



## **A LA MUERTE DE FRANCISCO PALAU**

***"En las manos de Dios"***

**20 de marzo de 1872**

Los últimos meses de su vida vivió el P. Francisco dedicado de lleno a sus afanes de fundador. El último acto de apostolado llevado a cabo por el Padre fue el acompañar a la Hermana Juana a Calasanz, para asistir a los apestados y prestarles asistencia espiritual. Sucedió esto en la última semana de febrero de 1872.

Por entonces parece que intuía la proximidad de su muerte y quiso visitar por última vez su Aitona natal, despidiéndose de las Hermanas y Hermanos que allí dejaba fundados. De allí pasó a Barcelona. Llamado para asistir a un endemoniado, marchó a Tarragona el 10 de marzo. En el camino tuvo la sensación de que el demonio le hería de muerte y se sintió gravemente enfermo. Inmediatamente se dirigió a la casa donde habitaban las Hermanas en la calle de la Misericordia.

***«¡He venido para que curéis mis llagas!»***

***«¡Padre qué cosas tiene! ¡Si está sano y colorado!»***

***«¡Sí, tenéis que curarme!»***

Se vio obligado a acostarse, y se le diagnosticó una pulmonía. La fiebre fue creciendo y no tardó el enfermo en percatarse de que no había remedio, él mismo pidió los últimos sacramentos, confesándose con el Capellán de la vecina Iglesia de San Juan.

Durante su enfermedad fue un dechado de paciencia, de penitencia y de fervor. En el último combate se encomendó a los que durante su vida habían vivido siempre pobres. Resplandeció su amor a la Eucaristía, a ese cuerpo sacramentado de Cristo que mantiene unidos a todos los miembros, y en el que desahogaba todo su amor para con la Iglesia. No quería ningún otro alimento.

**Ant.: Vivo y viviré por la Iglesia, muero y moriré por Ella.**

En aquellos días pasaron por su mente todos los trabajos que por la Iglesia había sufrido:

***«No me he apartado nunca de Ella en lo más mínimo»***

Poco antes de morir se le oyó exclamar:

***«¡Dios mío, me habéis trocado la suerte...!»***

Francisco, desde joven, había anhelado el martirio, se había ofrecido a Dios víctima por los pecados del mundo, y Dios no había escuchado su ruego, sacándole ileso de todos los peligros.

Su amor a la Iglesia, ese amor que llena su vida por entero, le impulsó siempre a soñar cosas grandes, a arrostrar todos los peligros y a gastar la vida en su servicio.

***«Cuando Dios me llama, nada hay de cuanto se me pone delante, por horrible y desagradable que sea, que no lo salte y atropelle»***

No moría tampoco en la soledad: siete rostros femeninos se inclinaban llorosos sobre su cuerpo maltrecho, intentando arrebatarlo a la muerte.

Y exclamó conmovido:

***«¡Cuan dulce cuán agradable, cuán deleitoso debe ser el reposo en los brazos de una Madre Virgen y tan pura como es la Iglesia Triunfante, después de los trastornos y convulsiones de la vida presente!»***

Él podía estar satisfecho; se había portado como un luchador incansable. Podía morir tranquilo, porque sabía que la Iglesia su Amada, no buscaba los brillos aparentes, sino que pedía amor, sólo amor, y él se lo había ofrecido todo y no había vivido más que para la Iglesia.

Este amor le había impulsado a soñar y a intentar realizar sus sueños de enamorado, pero Dios se había complacido en reducirlos a cenizas, para que de entre las cenizas de sus fracasos, entre las que siempre había permanecido su alma como brasa encendida, ahora el Espíritu Divino aventara todas las cenizas y sólo quedara la brasa que, arrojada en el horno del amor infinito, eternamente no tendría otra misión que flamear y prender en las almas modeladas por la suya, la llama de la infinita caridad.

No podía temblar de miedo en aquella hora en la que iba a contemplar a su Amada «cara a cara», sin velos.

Después de besar repetidamente su arma de combate, el crucifijo, fue cerrando sus ojos lentamente mientras una graciosa sonrisa se dibujaba en sus labios, la sonrisa causada por la hermosura infinita que comenzaba a descubrirsele, y que cambiaba su suerte, trocando las tinieblas de la vida terrena por la luz esplendorosa de la Patria Celestial.

*Era «el día 20 de marzo de 1872, miércoles, día de San Aniceto, estando la luna a los cuatro días de su cuarto creciente y a las siete y media de la mañana».*

**El P. Francisco, al contemplar a sus hijos desde el cielo se alegra reconociendo en ellos... «la Obra de Dios».**

**Canto:**

Vivo y vivo y viviré por la Iglesia,  
Muero y moriré por ella, por la Iglesia